

Franklin Pease y la historia andina*

Fernando Silva Santisteban

Estos últimos años han sido muy duros y muy tristes para la Academia por la desaparición de varios de sus distinguidos miembros, todos ellos reconocidos por los aportes valiosos con que han contribuido al conocimiento de nuestra historia; y cuyo deceso ha dejado un enorme e irreparable vacío no sólo en el seno de nuestra Academia, sino en el ámbito de la historia nacional y en las esferas del pensamiento peruano. Si bien los homenajes no podrán reparar su ausencia, son una forma de revivirlos con gratitud y admiración por la obra que han dejado.

Hoy rendimos homenaje a la memoria de nuestro colega Franklin Pease García Yrigoyen miembro de número de nuestra Orden y evocamos al hombre, al historiador, al maestro y al amigo, fallecido el 13 de noviembre del año pasado de 1999. Me ha tocado el discurso de orden y lo hago con el afecto y el aprecio que le tuvimos sus colegas con quienes compartió los propósitos, las expectativas, así como las preocupaciones y realizaciones de la Academia.

Franklin Pease nació en Lima en 1939. Fueron sus padres Franklin Pease Olivera y doña María García Yrigoyen. Estudió la secundaria en el Colegio jesuita de La Inmaculada de donde pasó en 1954 al Colegio del Salvador que tiene la misma orden en Buenos Aires, ciudad donde su padre era Agregado Naval a la Embajada del Perú. De regreso en Lima, en 1958 ingresó a la Pontificia Universidad Católica donde se matriculó en las facultades de Letras y Derecho, graduándose de bachiller en Derecho en 1965 y de doctor en historia en 1967, con las tesis "Concepto de derecho entre los Incas" y "Culto solar y cosmovisión andina: introducción a la religión incaica".

* Discurso leído en el acto académico de homenaje a Franklin Pease G.Y., el 13 de diciembre del 2000.

Por esos años se inició en la docencia como profesor de Historia del Perú en el Colegio La Inmaculada (1960-64), luego como profesor en la Universidad de Lima (1964-1968) y después como profesor interino en la Universidad Católica.

Conocí a Franklin en 1964, fue cuando con José María Arguedas nos pusimos de acuerdo para que colaborara con nosotros como jefe de investigaciones y publicaciones en el Museo Nacional de Historia; José María era entonces Director de la Casa de la Cultura del Perú y quien había sido director del Museo Nacional. Fue también cuando publicamos su primer artículo de investigación histórica "Orígenes de la guerra entre el Cusco y Quito" en el número 4 de la *Revista Peruana de Cultura*, órgano de la Comisión Nacional de Cultura, que apareció en enero de 1965.

En 1966 ganó una beca del Instituto de Cultura Hispánica para investigar en los archivos General de Indias de Sevilla y en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. A su regreso fue nombrado profesor auxiliar en la Sección Doctoral de Historia de la Facultad de Letras de la Universidad Católica, y dictó el curso de Etnohistoria andina prehispánica. En 1975 fue nombrado profesor principal, y de 1974 a 1976 gozó de la beca de la Fundación Ford; en 1980 ganó la beca de la Comisión Fulbright y de 1982 a 1983 gozó de la beca de la Fundación John Simon Guggenheim.

Ha sido profesor investigador visitante en la universidad de Berkeley, Cambridge, Maryland, Johns Hopkins, en la Universidad de Santiago de Chile, en la Ecole des Hautes Etudes des Sciences de París, en el Instituto Fernández de Oviedo y en la Bacardi Eminent Scholar in Latin American Studies.

En su carrera universitaria, entre otros cargos ha sido Director Interino de la Biblioteca Central (1975-1976), Director Universitario de Comunicaciones, elegido por la Asamblea Universitaria (1975-1982), Director de Publicaciones (1975-1980), Miembro del Comité Ejecutivo del Consejo Universitario (en distintas oportunidades), Director del Programa Académico de Letras y Ciencias (1980-1983), y decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, en dos períodos consecutivos (1993-1999).

En el orden administrativo ha sido Jefe de Investigaciones y Publicaciones en el Museo Nacional de Historia (1964-1969), Director del mismo Museo Nacional de Historia (1969-1974) y Director de la Biblioteca Nacional (1984). Dirigió la revista *Historia y Cultura*. En el Museo continuó una labor de reestructuración que cambió prácticamente no sólo el aspecto sino las propias funciones de la institución, de un depósito de cosas viejas se convirtió en un museo digno de ser visitado, activo y en un centro de difusión del conocimiento histórico a través de la revista.

Ganado por su vocación Franklin Pease se dedicó con pasión al estudio de la historia del Perú, particularmente a la historia del mundo andino, antes y después de la invasión europea. Sus preocupaciones y sus puntos de vista estuvieron en gran manera enmarcados dentro de una nueva corriente de interpretación, de búsqueda y revaluación de fuentes: la etnohistoria, que se inició entre nosotros con la publicación del señero libro de Luis E. Valcárcel *Etnohistoria del Perú Antiguo* (1959) y cobró auge con los aportes de John Murra, María Rostworowski, Nathan Wachtel, Tom Zuidema, Pierre Duviols, Waldemar Espinoza y del propio Pease, entre otros autores.

Sustentada ya no solamente en las fuentes tradicionales como eran las crónicas y relaciones escritas, sino en todo tipo de testimonios que pudieran arrojar luz sobre los enormes vacíos en el conocimiento del período autóctono, fundamentalmente en la supervivencia de las tradiciones culturales, de las que empezaron a dar mejor cuenta la antropología y la etnología, se abrieron nuevos horizontes de interpretación y, sobre todo, se establecieron nuevos criterios en la comparación y en el análisis de los fenómenos culturales. Se incorporaron a la historia arquetipos categoriales como los conceptos de etnocentrismo, aculturación, universales de la cultura, así como reciprocidad, interacción, control de pisos ecológicos, etc., todo lo cual permitió cambiar sustancialmente los criterios de la historia tradicional eurocéntrica.

Se revitalizaron viejas fuentes que cobraron nuevos contenidos de información, como fueron las *visitas*, como las de Chucuito, Huánuco y Cajamarca, estudiadas por Murra y Waldemar Espinoza, y después la de los Collaguas, publicada y estudiada por Pease.

La importancia de los trabajos publicados y las perspectivas que se abrieron para la comprensión del mundo andino nos permitieron acceder, como dice Jorge Basadre, “a una verdadera revolución en toda la historia andina, mediante el desarrollo del interés por los asuntos relacionados con la ecología, la demografía, los cultivos, los modos de utilizar la tierra, el agua, la economía, la lingüística y otros aspectos importantes” de las culturas del Perú antiguo. Pease contribuyó notablemente a esa revolución.

Franklin se entregó totalmente a la historia, a la investigación, a la enseñanza y a la difusión de las fuentes, de ello nos habla su producción proficua, sus libros, sus cátedras, sus conferencias y su muy importante labor editorial. Autor y coautor de numerosos libros (no podría decir de cuántos), así como de ensayos y artículos en revistas y periódicos peruanos y extranjeros, casi nunca se apartó del universo andino, el cual fue su *leitmotiv*, su principio conductor.

Resulta difícil intentar una referencia general a la obra histórica de Franklin Pease; quiero más bien referirme a algunos de los temas o aspectos que, creo,

reflejan más claramente sus preocupaciones históricas dentro de las líneas de trabajo que más le interesaban.

Fue, indudablemente el Imperio de los Incas, la entidad histórico-política cuyas características –no bien interpretadas y menos definidas históricamente de acuerdo con las exigencias de nuestro tiempo– fue lo que más atrajo su interés. Especialmente el hecho sorprendente de cómo un imperio tan poderoso como fue el Tahuantinsuyo –última fase de la Civilización Andina– pudo alcanzar los grados de desarrollo social, político, económico, administrativo y tecnológico a los que llegó al comprobarse que se trataba de una sociedad donde no funcionaba un sistema de mercado, ni de comercio y en la que tampoco existía moneda.

Pease explica que en los Andes funcionó, desde mucho tiempo antes que los incas, una economía sin mercado con formas de intercambio basados en la reciprocidad: y que parece haber primado en ésta una medida de energía humana no basada en el intercambio de cosas sino de trabajo y de servicios, el cual se organizaba sobre las pautas del parentesco. De allí que no es posible entonces estudiar la economía andina al margen de las normas del parentesco, pues éstas eran justamente las que hacían posible la reciprocidad. Explica que los miembros de una familia extensa (*ayllu*) se hallaban relacionados entre sí por múltiples obligaciones establecidas ritualmente. Las reciprocidades así generadas abarcan prácticamente todos los aspectos de la vida diaria. Esto ha hecho común plantear la vida económica de la población andina en términos comunales, entendiéndose la comunidad como base de la propiedad colectiva de los bienes, especialmente de la tierra y los rebaños de camélidos.

Lo que hallamos en los Andes es pues –señala– una comunidad de trabajo sin propiedad común, pues el uso de estos bienes estuvo vinculado a la estructura social y al parentesco, en un primer nivel, y a la estructura de relaciones entre unidades étnicas o con el poder cusqueño, en un segundo plano. Dice que un análisis cuidadoso de las propias crónicas y otros documentos coloniales permite apreciar que las nociones de riqueza y pobreza deben ser entendidas en los Andes en forma estructural y no individual, pues no dependía de las posibilidades de acumulación, sino fundamentalmente del acceso a la mano de obra producida por un sistema de relaciones sustentado en el parentesco. Por eso se identificaba una determinada situación; así, por ejemplo *waqcha*, que en quechua quiere decir “pobre” significa fundamentalmente huérfano, es decir, aquel que no tiene parientes.

Los cronistas no entendieron esta realidad y explicaban los logros de los incas de una forma tal que favoreciera la implantación de su propio sistema económico y político. Afirmaban entonces la omnipotencia de un poder estatal

centralizado, lo que exigía la rígida disciplina laboral organizada por un conjunto de autoridades escalonadas desde el propio Inka hasta el más humilde funcionario de una frondosa burocracia, opacando así la actividad creadora de la población que, siglos antes de que el Tawantinsuyu existiera había sistematizado las pautas de reciprocidad y la redistribución que hicieron posible la exitosa formación económica del llamado imperio de los incas.

Acerca de la reciprocidad nos dice que adquiere en la investigación caracteres asimétricos, por el hecho de que la redistribución no es siempre realizada estrictamente en forma de equivalente energía humana y que es la mita la actividad que más claramente puede relacionarse con la redistribución, tanto a nivel del grupo étnico como al del Tawantinsuyu, de los incas del Cuzco. Mita y redistribución se hallaban estrechamente enlazadas, pues los pobladores mantenían sus derechos a la redistribución gracias a su participación en las mitas, que la hacían posible.

Sin embargo, manifiesta Pease que el Tawantinsuyu no estableció una nueva economía sino amplió la racionalidad económica andina a un nivel más amplio y diversificado “Los incas –escribe– producen hoy la imagen de una organización niveladora que uniformó criterios en el amplio espacio geográfico y humano que controlaron, pero que utilizó preferentemente los criterios desarrollados en la larga experiencia andina previa a ellos. En redistribución alcanzaron con ellos nuevos niveles...”.

Un aspecto importante, aún poco conocido y bastante discutido, es el de la dualidad en la organización de las sociedades andinas, que como bien sabemos fue una de sus características más saltante. Con respecto a tal dualidad, las comunidades andinas eran señaladas con los términos opuestos y complementarios de *hanan* y *urin*, *allauca* e *ichoc*, *alassa* o *massa*, *hima* o *urco*, términos que pueden ser entendidos como alto-bajo, derecha-izquierda, masculino-femenino, dentro-fuera, e incluso cerca-lejos y delante-detrás. Dice Pease que resulta difícil concretar las muchas funciones que debió tener la organización dual en las sociedades andinas, puesto que también en cada lugar variaban tanto funciones como denominaciones, que lo único que queda en claro es la complementariedad de las mitades y la existencia de obligaciones recíprocas entre las mismas. Asumiendo además, que la dualidad en los Andes era el principio organizativo que funcionaba en diversos niveles, aunque no está claro aún el alcance que debieron tener tales niveles.

Refiriéndose a la autoridad suprema del Inca, Franklin argumenta que en las propias crónicas, pese a que todas lo presentan como autoridad única, “hijo del sol”, se advierte “claramente” un dualismo en su autoridad:

En la versión de Betanzos —señala— el propio Cuzco aparece fundado por Ayar Manco y Ayar Auca y “no hay razón específica para suponer que la organización dual del Cuzco (Hanan y Urin) no requiriera de dos autoridades como ocurría con todos los grupos étnicos registrados en la documentación. Al incorporar los españoles la noción de una autoridad única (=rey) se privilegió visiblemente a las autoridades de hanan, aunque en el caso del Cuzco incaico se presentó a la parcialidad urin y hanan como ‘dinastías’ sucesivas, estando los incas de hanan en el poder cuando se produjo la invasión española”. (En: Los Incas. 1991, p. 108).

De la misma forma —escribe— los cronistas jerarquizaron a los curacas bajo la denominación de “curaca principal” y curaca de “segunda persona”. De otro lado las crónicas recogieron información que hacía ver un conflicto, que bien podía ser ritual, cuando cada inca accedía al poder; por ello autores como María Rostworowski han propuesto la fórmula de un “correinado” entre dos incas como parte del proceso de selección para el acceso final al poder.

Esta tesis de Franklin Pease acerca del dualismo en el gobierno de los incas, lo mismo que la del “correinado” de María Rostworowski, con las que de algún modo coinciden otras propuestas de estudiosos como Pierre Duviols y Waldemar Espinoza, vendrían a romper el concepto establecido sobre las informaciones prácticamente de todos los cronistas acerca de la naturaleza del gobierno de los incas. Sin embargo, estas proposiciones no han sido aún suficientemente discutidas, hay muchas dudas que despejar, por lo que sería de gran interés promover una reunión de especialistas para tratar de definir tan importantes planteamientos sobre la historia y cultura de los incas.

Otro paradigma que, asimismo, es necesario reconsiderar sobre las religiones del Perú antiguo se refiere a la existencia de un dios creador andino, una de cuyas personificaciones fue Wiracocha, que más bien parece haber sido creación de los catequizadores españoles.

Las inquietudes de la historia tradicional no son fácilmente superadas, resulta muy difícil despellejarse de las clásicas preocupaciones eurocéntricas por encontrar “otras” formas de escritura, de moneda o de comercio en las sociedades del Perú antiguo. No habiéndose encontrado testimonios fehacientes de la existencia de moneda se la quiso representar por algún otro objeto cuyas funciones no eran precisadas, o se habló de trueque, del “trueque al modo de indios”. Resulta aún muy difícil para los historiadores tradicionales entender cómo pudo desarrollarse un imperio como el de los incas, sin escritura, sin moneda y sin economía de mercado, de acuerdo con las premisas básicas de la cultura occidental. Y si ahora con el desarrollo de la antropología, en general, y de la etnología andina, en particular, entendernos cómo pudo lograrse seme-

jante estado de desarrollo social, político y tecnológico es, fundamentalmente gracias a la ampliación de los conceptos fundamentales en la interacción social de la condición humana misma, me refiero a los conceptos de *reciprocidad* y *redistribución*. Después de todo la moneda no es sino un instrumento para reciprocitar.

Fue a partir de las proposiciones de John Murra, sustentadas en la idea de Karl Polanyi, que se empezó a entender al imperio incaico como una organización sustentada más que sobre un Estado totalitario en una formación social estructurada sobre la base de dos principios admirablemente desarrollados, como fueron la reciprocidad, tanto simétrica cuanto asimétrica y la redistribución ejercida y administrada en diversos grados de jerarquización.

En su libro *Curacas, reciprocidad y riqueza* (Pontificia Universidad Católica, 1992), en el marco de las nuevas concepciones de reciprocidad y redistribución, a partir de las fuentes conocidas como son las crónicas, relaciones, visitas, vocabularios y otros documentos coloniales, Pease estudia la situación de los curacas en el Tawantinsuyu y cómo intervenían en la reciprocidad y en la redistribución, pilares de la economía y la organización social. Se ocupa de las relaciones del Inca con los curacas, así como del intercambio, apoyando sus aseveraciones en casos específicos; así como de las bases parentales de la reciprocidad, de las bases jerárquicas de la redistribución, del tributo y la prestación de servicios en la redistribución, para referirse después, a la manera cómo van a cambiar estos sistemas con la dominación española, la riqueza y prestigio de los curacas, específicamente a los curacas de Jauja, de Tacna, al curaca Diego Chambilla y a los curacas gestores como Jerónimo Lorenzo Limaylla.

En este trabajo Pease nos aclara aspectos importantes acerca de la economía y organización social y política del Imperio, así por ejemplo, cómo la distribución de bienes por el Inca respondía más a la estructura de un sistema que a una simple actitud de reparto generoso o caritativo de las cosas. Escribe:

“Hoy es claro que la mita andina significaba la entrega de la mano de obra al poder para que éste organizara la producción de bienes redistribuibles; también es claro que ello podía realizarse a gran escala dentro del Tawantinsuyu y que funcionaba, asimismo, dentro de variables niveles según la dimensión de los grupos étnicos, lo cual permite comprobar que la redistribución funcionaba en grados diversos, según el volumen de la población que podía organizarse. El poder, lo mismo que la “riqueza” podía entenderse en función del volumen demográfico”.

Temas de gran interés para Pease fueron la religión y los mitos andinos antiguos. En 1982, en la colección Biblioteca del Pensamiento Peruano que

editó Mosca Azul, Franklin publicó bajo el título de *El pensamiento mítico* una excelente antología de mitos y leyendas andinos recogidos de los cronistas, de los extirpadores de idolatrías y tradiciones orales contemporáneas, dentro de los que figuran: "Primeras noticias de los dioses andinos" extraídas de las versiones de Zárate y La Gasca; "La creación del mundo y de los hombres" en las versiones de Betanzos, Santa Cruz Pachacuti, Sarmiento de Gamboa y Cristóbal de Molina; "Wiracocha y sus hijos" de Diego de Molina; "Cuniraya Wiracocha" de Francisco de Avila; Cuniraya Cavillaca, del mismo Avila; "El dios creador costeño" Pachacamac y Vichama, de la crónica de Calancha, así como las versiones sobre el origen de los incas de las crónicas de Cieza de León, Garcilaso de la Vega, Guamán Poma y Anello Oliva; Naylamp y el origen de los gobernantes de Chimú de Cabello Balboa; "Dioses y huacas" del padre Arriaga; así como sugestivas versiones de los cronistas mencionados sobre los orígenes del maíz, de la coca, de los animales, las cuatro edades de los dioses, el astrólogo, los eclipses y la muerte del sol, la división del mundo; lo mismo que las versiones de Incarrí de Puquio, Incarri y Collari de Puno, los pisos ecológicos del maíz, "Soqta Curi y los tres rayos" y "Pachacamaite de los campos del Gran Pajonal". Se trata indudablemente de la antología de los textos más representativos que permiten la aproximación más sugerente al pensamiento andino.

En 1995, editado por la Pontificia Universidad Católica y el Fondo de Cultura Económica, apareció su libro *Las crónicas y los Andes*, que parece haber sido uno de los que más empeño e interés le produjeron escribirlo, como que lo dedicó en sus treinta años a Mariana, su esposa. En este libro se refiere Pease no sólo a las crónicas y su contenido sino a las circunstancias en que fueron escritas y al significado de sus noticias, lo que indudablemente trasciende el valor de las versiones. Una idea de ello nos ofrecen los epígrafes del sumario, por ejemplo: "Crónica de la elaboración de una historia. Una segunda década y cronistas más experimentados. El decenio clásico, La nueva historia, Los viajeros como cronistas, Testigos y memoriosos, Los cronistas y la historia andina, Las crónicas y la visión del Perú, La conquista española y la percepción andina del otro, La aventura andina de Cieza de León, Una versión heterodoxa: Huamán Poma, Fray Gregorio García y las búsquedas imposibles o La visión del área andina de Bartolomé de las Casas.

Se trata pues de una apreciación de las crónicas y su razón de ser, en función de los intereses, premisas y concepciones éticas o políticas de cada cronista, de cómo ellos vieron el mundo andino y de cómo lo juzgaron. Debemos juzgarlos también, no en razón de nuestras concepciones de certeza o inexactitud de los hechos, sino de cómo ellos interpretaban y sentían los hechos de su tiempo. Así, por ejemplo, sobre la obra de Garcilaso manifiesta: "La presentación de Garcilaso no era ajena a la de los historiadores de su época, ni tampoco a la de los demás cronistas del Perú. Garcilaso simplemente opina,

selecciona, justifica..." Dejando de lado la discusión de los aspectos políticos y polémicos coyunturales de la obra del Inca, insiste en lo que le parece de mayor importancia: la certeza de sus informaciones sobre asuntos de organización social y económica como son el tributo, la reciprocidad, la redistribución, la riqueza, temas resaltados en la investigación reciente. Considero que, como el libro de Ake Wedin, *El concepto de lo incaico y las fuentes*, en el que analiza cuáles cronistas utilizaron o copiaron las informaciones de cuáles otros cronistas, pero actualizado, mucho más informado, con gran amplitud de datos, con importantes notas aclaratorias y amplios apéndices bibliográficos, *Las crónicas y los Andes* constituye el más completo, analizado y comentado derrotero, si se quiere, *vademecum* para comprender las crónicas como fuente documental.

Pease fue también coautor de una obra de muy amplia cobertura, como fue *Perú, hombre e historia*, publicada por EDUBANCO (Fundación del Banco Continental para el Fondo de la Educación y la Cultura, en 1993). Es esta obra una historia general del Perú en tres tomos, el tomo I "Desde los orígenes hasta el siglo XV", fue encargado a Duccio Bonavia y los dos siguientes tomos "Entre el siglo XV y el XVIII" y el tomo III, "La República", a Franklin Pease. La intención de Edubanco, al editar esta obra fue proporcionar un manual útil y comprensible que introduzca a los lectores en el conocimiento de los complejos procesos sociales y de larga duración que constituyen la historia del Perú. No obstante, no se quiso hacer con ello una historia elemental, sino una obra en la que se diera cuenta —como escribe Armando Nieto en la Presentación— del proceso evolutivo del hombre peruano en sus momentos más significativos y también a través de temas específicos, señalando claramente la problemática relevante de las distintas épocas, así como las variadas facetas del acontecer humano: vida económica, política, social, así como condicionamientos geográficos, ecología, demografía, usos y costumbres, no menos que los procesos de urbanización, los contrastes entre la legislación y la vida real, la educación, la producción intelectual y tanto otros aspectos sin cuyo conocimiento la historia peruana no sería más que una sucesión de hechos en el tiempo.

Bonavia y Pease coincidieron en plantear los condicionamientos de la geografía y las relaciones ecológicas entre las sociedades que se han desarrollado en el universo geográfico que representan los Andes, como marco imprescindible de la historia desde las más tempranas evidencias del poblamiento humano en la región, hasta los sucesos que han definido el carácter social y cultural de nuestro país en la edad contemporánea.

Pease logra una versión continuada de la historia peruana desde los incas hasta la República por encima de las fracturas cronológicas tradicionales, a través de las realizaciones culturales, de los hechos políticos, uniones y distancias sociales, aciertos y desaciertos políticos, guerras, conflictos, esperanzas y expec-

tativas; en fin a lo largo una continuidad de retos y respuestas. Es una historia ciertamente diferente a las otras historias de la República porque la presenta no como una época diferente de la historia del Perú, sino como un tramo entre la conquista española y nuestro tiempo, años de convivencia cultural de etnias, grupos, sectores y clases que nos permite ahora hablar del Perú como de un todo, de una patria que sigue su sino y que ahora, yo diría, busca ya con esperanzas forjar su propio destino.

En una entrevista que le hice para un libro sobre la historia de nuestro tiempo, tuvimos una larga conversación sobre nuestro país, la situación en la que nos hallábamos y su destino preocupante. Entre otras preguntas que le hice, le pregunté si no creía viable la formulación de un proyecto nacional y sobre qué bases podría formularse. Al respecto pensaba Pease que un Proyecto Nacional no es cuestión de establecerlo de una vez y para siempre.

Había que establecer prioridades, objetivos que cumplir a largo plazo sobre los cuales debía requerirse un consenso necesario y, naturalmente, con puntos planteables y metas que se vayan logrando una a una. Pensaba que un Proyecto Nacional no debía ser un proyecto minucioso y menos opresivo. A su juicio eran dos, fundamentalmente, los criterios para sustentarlo: una democracia abierta y que, gracias a esa democracia, se establezca un diálogo fructífero.

Acerca de la crisis del Estado y la pregunta de si consideraba necesaria su reforma, entre otras cosas pensaba que, en efecto, era necesario reformar el Estado porque en los últimos años había aumentado su ineficacia paralelamente a su crecimiento; que el Estado había ingresado a espacios que no debió ingresar y que, como mucho tiempo se pensó, el Estado debía tener fundamentalmente un rol promotor. Pensaba que era importante que los municipios se hicieran cargo de la educación básica, no sólo como una forma de descentralizar la función educativa sino también como una forma de desburocratizar el aparato educativo y dejar mayores oportunidades a los gobiernos locales a plantear una educación en función de sus propias necesidades y características regionales.

El año pasado de 1999 el Banco de Crédito del Perú publicó *Los Incas. Arte y símbolos*, el estudio más completo y más hermoso libro que se ha publicado sobre los incas. Fueron coautores Franklin Pease, Craig Morris, Julián I. Santillana, Ramiro Matos, Paloma Carcedo, Luisa Vetter Parodi, Carmen Arellano y Lucy Salazar. El libro contiene los siguientes aspectos: introducción, que corresponde a Franklin Pease y en la que se refiere a los orígenes de los Incas, a la formación del Tawantinsuyu, las conquistas incaicas, la economía de los incas, el arte incaico y a los incas en la historia del Perú. Los otros epígrafes son: La arquitectura del Tahuantinsuyu, por Craig Morris; Andenes, canales y paisaje, por Julián Santillana; la cerámica Inca por Ramiro Matos; uso de

minerales y metales a través de las crónicas, por Paloma Carcedo de Mufarech y Luisa Vetter Parodi; Quipu y tocapu, sistema de comunicación Inca, por Carmen Arellano; tejidos y tejedores del Tawantinsuyu por Vuca Roussakis y Lucy Salazar. La calidad de los trabajos, la edición extraordinaria con las ilustraciones, fotografías excepcionales y la soberbia diagramación hacen de este libro uno de los más importantes sobre el Perú antiguo y el más hermoso publicado sobre los Incas.

Resultó ser este libro simbólicamente una suerte de epílogo de su obra fecunda. Se publicó poco después de su muerte, pero fue dirigido por él y estuvo acompañado, como le gustaba estarlo, de destacados estudiosos de la historia del Perú y de sus alumnos, los cuales tuvieron siempre lugar en sus preocupaciones de maestro formador de historiadores, otro éxito en su vida fructuosa. Nos queda siempre la pregunta de cuánto más habría podido entregar en los campos del conocimiento histórico y de la enseñanza. Seguro que mucho. Su muerte, en la etapa más productiva en la vida de un investigador ha privado a nuestro país de un historiador cuajado y a quienes pudieron haber sido alumnos de un maestro excepcional; a la Academia, de uno de sus miembros más conspicuos; a su familia, de un padre amoroso y a todos quienes le conocimos de cerca, de un amigo fraterno enormemente apreciado. Lo recordaremos siempre.